

10

LA GEOGRAFIA CULTURAL EN MÉXICO: VIEJAS Y NUEVAS TENDENCIAS

Liliana López Levi

Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco

Introducción

Estamos acostumbrados a analizar fenómenos sociales considerando que son tangibles, concretos, mensurables, resultado de procesos económicos, de políticas públicas, de relaciones de poder y de dinámicas demográficas. Hemos inventado diversas formas de cuantificarlos, de describirlos, evaluarlos, predecirlos e inferirlos a través de métodos estadísticos, de generar modelos, de encontrar patrones. Ahora mismo, podríamos estar sentados, con este libro en las manos e ignorar nuestras emociones, afectividades, miedos y deseos, para concentrarnos en las diversas problemáticas que afectan al ser humano. Podríamos hablar, por ejemplo, de las dinámicas económicas generadas a partir de las remesas de los migrantes o de la localización industrial y la formación de polos de desarrollo en una región determinada; sin embargo, eso no sería propio de la geografía cultural.

Analizar el territorio, su estructura, su conformación y dinámica desde los estudios culturales nos permite recorrer recovecos que van más allá de lo tangible, de lo concreto, de lo material, para dar cuenta de la forma en que los actores sociales y sus prácticas van conformando el paisaje, construyendo su imagen, utilizando sus espacios, habitándolos y dándoles un sentido.

El tema que nos ocupa parte de la necesidad de escribir y leer a partir de nuestras creencias, valores, formas de vida, inquietudes, emociones y deseos; parte de reconocer lo que nos generan los aromas que nos rodean, las imágenes, los sonidos y las texturas; de entenderlos como la base de sensaciones e interpretaciones del mundo que convertimos en acciones y representaciones; parte de aceptar que construimos y organizamos nuestro entorno en función de lo que sentimos, de lo que hemos aprendido, de lo que padecemos y disfrutamos; que le damos sentido, significado y funcionalidad al mundo; que lo hacemos nuestro o lo rechazamos; que lo utilizamos como soporte

para diversas actividades y relaciones. Es a partir de ahí que partimos para hablar de lo que es y ha sido la geografía cultural en México.

Ahora bien, hablar de geografía cultural en México presenta de entrada tres problemas. El primero se refiere a la geografía, el segundo a la cultura y el tercero a México. En cuanto a lo que toca a los estudios culturales ¿dónde termina la geografía e inicia la antropología?, ¿o la sociología?, ¿o el urbanismo? Con respecto a la cultura, ¿hasta dónde podemos afirmar que la esfera política, la económica o la demográfica pertenecen a otro ámbito? Es común encontrar investigaciones culturales que aborden temáticas tales como las migraciones o las dinámicas de poder. En este campo del conocimiento suele enfatizarse en la necesidad de la multidisciplina y la interdisciplina. Con respecto a nuestra tercera preocupación, México, es difícil aislarlo como ámbito de acción. Sería poco geográfico asumir que México es un espacio cerrado, que no recibe la influencia del resto del mundo. Sin embargo, ¿hasta dónde debemos descartar lo exterior?, ¿hasta qué punto podemos excluir al llamado padre de la geografía cultural? Si bien, no nació ni vivió ni tuvo la sede de su empleo aquí, sí estudió algunas regiones de nuestro país. ¿A qué nos referimos con la geografía mexicana? ¿Será la de los académicos que nacieron en su territorio?, ¿los que estudiaron en sus instituciones?, ¿los que trabajan en ellas?, ¿la que se publica en el país?, ¿Será que la geografía cultural mexicana es la que se hace en las universidades? ¿O también habrá que considerar lo que hacen las dependencias de gobierno?

Los tres problemas tienen en común que se refieren a los límites. Sin embargo, uno de las preocupaciones centrales de los geógrafos son precisamente las fronteras, así que asumiré que estos obstáculos no son más que parte misma de la materia que nos ocupa. Bajo los preceptos de la geografía se puede hacer un análisis de áreas que no necesariamente tienen colindancias claras, específicas y bien delimitadas. Así que apelaré al concepto de fronteras borrosas para hablar del tema que nos ocupa y en lugar de hacer una historia de la geografía cultural en México, hablaremos de la geografía humana y los estudios culturales, centrando nuestra visión en México.

A partir de lo anterior, nos adentraremos en la definición de su campo de estudio, en la temática que analiza, en un esbozo general de lo que se ha hecho en México, para trazar las posibilidades a futuro, imaginar el rumbo que ha de tomar la disciplina.

La geografía cultural

Los seres humanos ubicamos nuestro ser, con sus respectivas acciones, sentimientos y relaciones, en dos dimensiones: la espacial y la temporal. Los acontecimientos, fenómenos y procesos, tanto sociales como físico ambientales, se manifiestan en ellas y tienen que ver con las concepciones y las prácticas que derivan de nuestro habitar en comunidad.

Para ahondar en una definición de la geografía cultural y abordar su campo de estudio es necesario partir de los dos conceptos clave que la envuelven y comenzar por el hecho que la disciplina se da en la intersección de los estudios geográficos y los estudios culturales; bajo el principio que ni uno ni otro están aislados como campos de conocimiento y que su trayectoria se ha visto permeada por diferentes paradigmas científicos y por las otras disciplinas en las que se ha interesado la comunidad académica. Por tanto, la definición de geografía cultural depende de la corriente epistemológica de la que se parta y del momento histórico en el cual se inscriba.

La geografía cultural se desarrolló básicamente a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI, con dos episodios clave. El primero giró alrededor de la Escuela de Berkeley; el segundo sigue en proceso y se ha dado en el marco de la llamada nueva geografía cultural. A lo largo de este tiempo, tanto el objeto de estudio como los métodos utilizados han cambiado según el ámbito académico del investigador y del momento en el que se encuentre. Lo mismo ha ocurrido con los múltiples conceptos asociados, tales como la cultura, la identidad, el paisaje y el territorio.

La palabra cultura tiene diferentes significados según el contexto, pero en términos generales se usa para abordar las formas de vida y las representaciones del ser humano. Algunas definiciones hacen énfasis en la vida cotidiana, la cultura popular y las bellas artes; otras hablan de la cultura como la dimensión simbólica del ser humano y de sus actividades, sean éstas económicas, políticas o demográficas. Se parte de la idea de reconocer que los grupos sociales viven en un mundo creado por ellos y al cual le encuentran sentido en función de sus creencias, valores, conocimiento, experiencia, contexto, intereses, deseos, sentimientos, costumbres y formas de pensar de la comunidad a la que pertenecen.

La cultura inicia en el momento en que el *homo sapiens* trasciende la herencia genética y el instinto, cuando va más allá de lo biológico, para formarse como ser social a partir

de su comunidad; cuando usa un lenguaje, cuando tiene la capacidad de crear, innovar, construir, organizar, interpretar y representar.

El concepto de cultura y su análisis han transitado por muchos caminos. En el pasado destacó aquel que la consideraba como el conjunto de costumbres y objetos artesanales de los grupos étnicos premodernos. Con esta visión, los antropólogos se concentraban en las escalas micro y en elementos inmateriales; mientras que los geógrafos abordaban las escalas macro y los elementos materiales. En ambos casos se centraban principalmente en las comunidades rurales. Desde la geografía se analizaban las relaciones entre las comunidades humanas y el mundo natural o la transformación de los paisajes naturales en paisajes culturales; como si el ruido en las ciudades, los centros comerciales y la creciente vida nocturna de las urbes no tuvieran que ver con la cultura (Tuan, 2004: 230; Price y Lewis, 1993: 1).

Durante mucho tiempo se vio a la cultura como el estudio de los lugares exóticos y de los grupos humanos que vivían en tierras lejanas, que tenían costumbres diferentes a las del investigador que los estudiaba. Decía Pierre Bordieu que cualquier cultura es un caos de colores y sonidos discordantes hasta que uno aprende las reglas con las cuales le puede dar sentido. Marshall Sahlins pone como ejemplo el hecho de que se dice que la India es la tierra de la vaca sagrada, porque estos animales pueden caminar por donde les apetezca, porque aunque pueden ser comestibles no se les considera como tales y, además, defecan en cualquier lugar. Eso parece extraño ante los ojos occidentales de personas que, sin embargo, viven en un mundo donde los perros podrían ser interpretados de la misma manera y, por tanto, podríamos decir que Gran Bretaña o Estados Unidos son la tierra de los perros sagrados (Crang, 1999: 3).

Los estudios culturales de las últimas décadas del siglo XX y de principios del XXI, se encuentran embebidos de una teoría multidisciplinaria donde se reconoce a una sociedad más compleja, donde las prácticas sociales deben considerarse con respecto a las estructuras políticas y las jerarquías sociales; donde la investigación debe detenerse a reflexionar sobre la relación investigador-objeto de estudio; donde resulta relevante el contexto socio histórico y geográfico de la producción y consumo de lo cultural. Con ello, se implica que la cultura no solo es aquello que pertenece a las esferas de una élite intelectual y artística, sino que son los productos materiales y simbólicos encontrados en todos los estratos y secciones de una sociedad (Edgar y Sedgwick, 2006: 101).

En términos de la geografía, el problema de la cultura se ve permeado por la dimensión espacial. Desde este enfoque se parte de un sistema donde todo se encuentra relacionado en mayor o en menor medida, a partir de su coexistencia y de sus vínculos, ya sean territoriales o históricos. Cada uno de los elementos presentes en un lugar determinado, sean materiales o inmateriales forma parte de un todo, y si algo se modifica, cambia necesariamente el conjunto.

Lo anterior se refleja en un espacio construido socialmente; se materializa en un paisaje que es a la vez la concreción de las relaciones histórico-geográficas y el ámbito mediante el cual interactúan las diversas comunidades. El paisaje es el resultado de la forma en que se ha ido modelando la superficie terrestre a través del tiempo, por medio de agentes tanto humanos como ambientales; en él quedan plasmados los agentes y elementos tales como la sociedad que lo construye, su cultura, sus estructuras de poder, sus modos de producción, el intercambio, sus prácticas cotidianas, su tecnología, sus relaciones simbólicas y sus procesos históricos.

La geografía cultural aborda la riqueza humana, en términos de su creatividad, diversidad y pluralidad; estudia la forma en que los espacios, las regiones y los lugares se imaginan, interpretan, se usan, se significan, se expresan, se representan; de cómo se forman, se reproducen, se transgreden o se destruyen.

Si entendemos a la cultura como la dimensión simbólica de las actividades humanas, resulta que podemos leerla también en múltiples trabajos geográficos que no tienen la intencionalidad de abordar la cultura como centro de su investigación. Algunos de estos se han limitado a la descripción de los lugares, y si bien podrían ser criticados por falta de un aparato teórico que los sustente, son útiles en tanto nos dan información de base para el análisis del territorio.

En el entender geográfico, trabajos tradicionales donde se vincula el territorio con la cultura serían aquellos que describen los lugares, sus paisajes, las características de sus pobladores, sus formas de vida y de expresión. Por muchos años, se percibió como cultural a los problemas de religión, raza, grupo étnico y lenguas. Asimismo, se desarrolló un interés en la pintura y la literatura. A partir de los años ochenta del siglo pasado, la geografía se vio envuelta en el llamado giro cultural. En este marco, se han tratado problemas que tradicionalmente se veían desde otras perspectivas, como las cuestiones urbanas, de género o ambientales.

2. Breve historia de la geografía humana y los estudios culturales en México

Se podría considerar que la geografía cultural en México, enmarcada en la tradición occidental, empezó con las crónicas de los conquistadores. En particular, las llamadas Relaciones Geográficas, que describen a los diferentes pueblos y regiones de la Nueva España en el siglo XVI. Era un recurso para que las autoridades conociesen los territorios ocupados; para que imaginaran y consideraran sus características físico-ambientales, económicas, políticas, demográficas y culturales. En tal virtud, los virreyes, audiencias y otras personas del gobierno enviaron un cuestionario a los gobernadores, corregidores o alcaldes mayores para que narraran las características de los lugares que se encontraban bajo su jurisdicción. Entonces, quedaron asentados aspectos tales como los nombres de los pueblos, las costumbres, las enfermedades, las formas de gobierno, los caminos existentes, entre otros elementos de información que serían enviados a los reyes en España y al Consejo de Indias.

Conocer el territorio fue importante durante la colonia, sin embargo, la empresa no termina una vez realizado un primer inventario. El espacio geográfico está en constante transformación, aceptar su dinámica implica reconocer la necesidad de abordarlo reiteradamente, así que la labor continuó durante el México Independiente. Pero para la geografía institucionalizada en el XIX el enfoque de interés era el cartográfico, bajo la responsabilidad de ingenieros y militares; por tanto, se alejó en sus descripciones de los elementos culturales, del tipo de las formas de vida, las religiones, los grupos humanos y sus lenguas. Se trataba básicamente del conocimiento del territorio mediante la elaboración de mapas y planos, que buscaban representar elementos naturales, físicamente concretos, con la consigna de evitar cualquier subjetividad.

En la búsqueda de una caracterización más cultural del paisaje en la época, podríamos quizás echar mano de la obra del paisajista José María Velasco, quien a través de sus pinturas, captó un espíritu del México prerrevolucionario. Su intencionalidad no fue la de las ciencias sociales, sino la de las artes. Pero en la geografía cultural, como dijimos anteriormente, las fronteras se desdibujan; la relación que hay entre las expresiones artísticas y el territorio son temas que se han de retomar más tarde en las investigaciones. Tanto el paisaje en sí, aquel que vemos cuando miramos al horizonte, como las representaciones que se hacen del mismo son temas de interés en autores como

Federico Fernandez y Gustavo Garza (2006), quienes rescatan el concepto de "pintura" como fue acuñado en el siglo XVI y lo establecen como el equivalente hispánico en aquella época, de lo que hoy entendemos como paisaje.

Con estos antecedentes, retomemos el orden cronológico para regresar a principios del siglo XX, cuando la comunidad académica se ocupó de manera importante del estudio de las regiones y de consolidar la geografía como una disciplina, enmarcada en un contexto universitario. Entonces, surgió en México la enseñanza de la geografía y la investigación, mismas que se mantuvieron mucho tiempo alejadas de los estudios culturales. En este sentido, la UNAM fue el primer centro de producción del conocimiento geográfico, y el que hasta la fecha concentra más personas de esta especialidad; con la virtud, además, de estar en la universidad más prestigiada de América Latina. Con el tiempo se fueron sumando otras instituciones y universidades con nuevos proyectos y espacios académicos para la docencia e investigación de la geografía en México. La descentralización y diversificación del quehacer geográfico ha enriquecido mucho a la disciplina, sin embargo, la incorporación de investigadores que declaren el ámbito cultural como el centro de su labor académica sigue siendo muy escaso y reciente.

La geografía cultural, *Kulturgeographie*, fue introducida al léxico geográfico por Friedrich Ratzel, un geógrafo alemán del siglo XIX. Sin embargo, como disciplina, se cimentó en la segunda década del siglo XX. Su primer auge se asocia invariablemente a Carl Sauer y a su liderazgo en la escuela de Berkeley. La Universidad de California, donde trabajó desde 1923 hasta 1957, le ofreció un medio adecuado, donde las relaciones interdisciplinarias, en particular con los antropólogos fueron de gran importancia para él. Sauer, de ascendencia alemana, se vio influido por las ciencias históricas, geográficas y culturales alemanas, a través de autores como Eduard Hahn, Alfred Hettner y Friedrich Ratzel; de norteamericanos como George Marsh y de británicos como Vaughan Cornish y H.J. Fleure (Sauer, 1974; Jackson, 1992: 11). Un punto de partida importante y documento central en su pensamiento fue *La Morfología del Paisaje*, escrita por él en 1925, donde define al paisaje como la forma de la tierra (land shape), misma que depende, en su proceso, no sólo de los elementos físicos, sino también de los culturales (Sauer, 1925).

La cercanía de California con México llevó a Carl Sauer a hacer trabajo de campo en nuestro país, a diferenciar espacialmente la naturaleza y la cultura, a describir los patrones de las actividades humanas, a buscarle sentido a su estructura y a preguntarse por la forma en que se integraban los elementos observados (Sauer, 1974). En una reflexión acerca de su historia académica, escrita muchos años después, Sauer afirma que:

"California era un ejemplo extraordinariamente bueno de regiones naturales de interés para la evolución y la sobrevivencia biológica, y como un bolsón en el que se habían asentado diversas tribus indígenas. Dado que ya se encontraba bien estudiada, miramos más allá, en busca de tierras menos conocidas. Estas se encontraban cerca, al otro lado de la frontera con México. Nuestra primera expedición fue a Baja California, la primera California descrita por misioneros y navegantes en el tiempo de España, y desdeñada desde entonces, salvo por los biólogos de campo. Regresamos en numerosas salidas de estudio a terreno, que abarcaron hasta el extremo Sur de la largo y poco poblada península. Esa fue nuestra escuela de campo para el estudio de la geografía física y humana, de la que surgió una amplia gama de estudios".

"Las antiguas misiones, convertidas parcialmente en ruinas, nos proporcionaron elementos para la reconstrucción de las condiciones del pasado y, con ello, para la inclusión de la vida aborígen, que aún se encontraba presente de manera dispersa. De igual modo, empezamos a viajar hacia el Sur a lo largo de la costa del México continental, aprendiendo allí acerca de los cultivos y la agricultura indígenas. Por azar, nos encontramos con una alta cultura prehistórica olvidada, que amplió mucho los límites arqueológicos de Mesoamérica. La presencia del hombre y sus obras establecía los límites de la geografía humana. Estábamos aprendiendo geografía cultural en profundidad en México y más allá, en Centro y Sur América."

La influencia de Sauer en la geografía cultural anglosajona duró gran parte del siglo XX y su liderazgo lo llevó en dos ocasiones a presidir la Asociación de Geógrafos Americanos, pero no se reflejó en la escuela mexicana de geografía humana, que trabajaba con un enfoque holístico, integrador y sistémico. Entonces, la geografía regional francesa, que también manejaba el paisaje como uno de sus términos centrales, tenía mayor presencia en nuestro país.

La cultura fue, por mucho tiempo, un campo de estudio básicamente de los antropólogos; para los geógrafos se trataba de una más de las características de las regiones. De manera tal que se la consideraba junto con la geología, la vegetación, el clima, el uso del suelo y las actividades económicas. Cultura, en el marco de un listado

de elementos del territorio, generalmente se refería a razas, grupos étnicos, religiones y lenguas; así se transmitió de maestro a alumno por generaciones. En investigación, a pesar de que muchas veces se definía al grupo social analizado en función de estas variables –por ejemplo, grupos indígenas-, ello no significaba que hubiese una perspectiva cultural del problema estudiado. Lo anterior no se debía a planteamientos mal logrados, sino simplemente a que dicho enfoque no era la intención con la que se abordaban los estudios geográficos de la época.

Así transcurrió buena parte del siglo XX, hasta que en el medio anglosajón, la Escuela de Berkeley fue criticada teórica, metodológica y políticamente. En primer lugar, porque sus trabajos carecen de un soporte teórico, derivado del escepticismo que mostraba Sauer hacía la teoría en ciencias sociales y naturales (Rowntree et al., 1989, pág. 211). En términos metodológicos, el trabajo de campo consistía simplemente en la observación complementada con algo de investigación documental. No se hacían entrevistas y nunca se intentó la observación participativa (Duncan, 1990, págs. 11-12), los métodos de investigación se acercaban más a los de la geología y las ciencias de la tierra que a la historia y las humanidades (Jackson, 1992, pág. 15); además se consideraba que sus resultados fueron apolíticos (Price y Lewis, 1993, pág. 4).

En los años setentas, la geografía cultural vislumbró nuevas perspectivas a través de los geógrafos humanistas, entre los que destacó Yi Fu-Tuan, un norteamericano de origen chino. Sus ecos llegaron a México y se habló de geografía de la percepción, de los mapas mentales, pero poco se hizo en términos de investigación; Peter Gould y Kevin Lynch eran referencias importantes, así como algunos filósofos de la fenomenología como Ernest Cassirer. Sin embargo, la mayoría de los trabajos enfocados en la geografía humana, publicados en las revistas y libros de las instituciones mexicanas de la época, hacían planteamientos se centraban en el territorio visto desde lo económico y lo social. De modo tal, que si entre sus artículos encontramos términos típicamente culturales, como podría ser el paisaje, lo utilizan bajo esa influencia.

De acuerdo con Gilberto Giménez (1999), un detonador para los estudios culturales en el medio académico mexicano fue el interés que suscitó Antonio Gramsci entre la comunidad marxista de los años setentas. Su lectura fue promovida por Alberto M. Cirese, quien además organizó un par de seminarios sobre culturas populares, uno en julio de 1979, en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología

Social (CIESAS) y otro en agosto de 1981 en la Universidad Autónoma Metropolitana de Xochimilco. Como resultado, las culturas populares fue el tema más socorrido dentro de los estudios culturales del momento. Entonces, se analizaron los modos de vida, las fiestas populares y la producción artística, también popular, como la danza, la música, las artesanías y el arte. También eran temas, la cultura obrera, la barrial y la de los chavos banda, las creencias y las religiones.

Lo anterior se vio fortalecido por una tradición en la cual, durante la mayor parte del siglo XX, los estudios culturales en México habían estado dominados por una visión que se dedicaba a los indígenas y a los campesinos, dos grupos vistos a partir de su gran riqueza cultural, pero inmersos en una relación desventajosa dentro del sistema político-económico mexicano. Otra influencia importante vino de algunos intelectuales que desde principios del siglo XX discutieron problemas de cultura nacional, como Samuel Ramos, Octavio Paz, Fernando Benítez y Leopoldo Zea, que se ocuparon de la mexicanidad, y trataron temas de nacionalismo y diversidad cultural en nuestro país.

Los geógrafos, si bien se vieron influidos por esta atmósfera marxista estaban inscritos en una tradición descriptiva de los lugares y, en la parte analítica, más cercana al positivismo y a los estudios de corte cuantitativo. Los estudios regionales estaban más impregnados por factores y procesos económicos, rara vez entraban en el aspecto cultural. Sin embargo, hubo algunos intentos, generalmente de otras disciplinas, donde se plasmaba la ocupación histórica del territorio nacional por los diversos grupos étnicos, entre las que destacaban hacia el sur las grandes civilizaciones mesoamericanas y hacia el norte una serie de comunidades indígenas de cazadores recolectores.

Mientras tanto, en el mundo anglosajón, durante la década de los ochenta, la discusión en la materia planteó nuevos retos a la geografía cultural. Como consecuencia del diálogo entre la geografía humana y la teoría cultural; después de haber asimilado los cambios que los humanistas proponían y de conocer las críticas a la geografía de la percepción; la cultura comenzó a abrirse un lugar más importante y surgió una nueva geografía cultural, liderada principalmente por Peter Jackson, Denis Cosgrove, Stephen Daniels y James Duncan. Entonces, feminismo, marxismo, postestructuralismo y posmodernismo delinearon enfoques que retoman, entre otros, al psicoanálisis, la psicología, la semiótica, la crítica literaria y la sociología para el análisis del territorio en términos culturales.

Su impacto en México se hizo sentir hasta los últimos años del siglo XX y primeros del XXI, cuando surgieron en medios multidisciplinarios algunos trabajos que veían el espacio, la cartografía, el territorio o el paisaje desde la cultura. En 1997, María Noel Lapoujade promovió en La Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM el Primer Coloquio Internacional de Espacios Imaginarios, donde reunió a 36 académicos de filosofía, geografía, teatro, literatura, historia, psicología y el arte; las memorias del evento fueron publicadas dos años después. También en 1997, en el Sexto Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Semióticos, llevado a cabo en Guadalajara, el espacio se convirtió en uno de los temas centrales. Los textos fueron publicados en el 2000, bajo la coordinación de Adrián Giménez-Welsh, y a través de la Asociación Mexicana de Estudios Semióticos. Dentro de la misma UNAM, en marco del Primer Encuentro Universitario de las Humanidades y las Artes, en 1998, hubo una mesa de presentaciones en torno al espacio a partir del teatro, la geografía humana y la pedagogía, publicado después bajo la coordinación de Adriana Segovia (2000).

En esa época también se publicaron, de Alicia Lindón (1999) *De la trama de la vida cotidiana a los modos de vida urbano*; la misma autora (2000) coordinó el libro *La vida cotidiana y su espacio temporalidad*; Liliana López Levi (1999) escribió *Centros Comerciales: espacios que navegan entre la realidad y la ficción*. En 2001 aparece por primera vez en la revista *Investigaciones Geográficas* del Instituto de Geografía de la UNAM, un artículo orientado hacia la geografía cultural, donde Juan Carlos Gómez diserta sobre el espacio vivido. En el mismo año se publica *Perímetros del encuentro: plazas y calles tlacotalpeñas*, de Vicente Guzmán; y en 2002 *Vivir un Espacio* de Ludmila Borisovna Biriukova.

Después la geografía cultural fue integrando temas de imaginarios sociales, la habitabilidad, el análisis del sentido y la dimensión simbólica de las múltiples actividades humanas. José Humberto Fuentes (2005) exploró los *Espacios, actores, prácticas e imaginarios urbanos en Mérida, Yucatán, México*. En 2006, un año afortunado en términos de publicaciones, se imprime el libro coordinado por Alicia Lindón, Miguel Ángel Aguilar y Daniel Hiernaux, *Lugares e imaginarios en la metrópolis*; el de Patricia Ramírez Kuri y Miguel Ángel Aguilar *Pensar y habitar la ciudad* y *El Tratado de Geografía Humana* coordinado por Daniel Hiernaux y Alicia Lindón. Este libro que busca plasmar un panorama general de la geografía humana

contemporánea y, por ende, va más allá del enfoque que nos ocupa, sin embargo, es depositario de la importancia del llamado giro cultural en la geografía, pues a lo largo de sus capítulos, se hace muy patente que la cultura permea más allá de los temas de literatura, religiones y vida cotidiana.

Fuera de las universidades, donde el enfoque cultural ganaba terreno poco a poco, en la esfera pública, la reflexión sobre la vida cotidiana y los movimientos sociales contemporáneos se hicieron presentes en boca y pluma de Carlos Monsivais y Elena Poniatowska, a través de sus libros, artículos periodísticos, en los medios de comunicación y en foros diversos.

En las universidades surgieron figuras importantes, que han dejado sentir su liderazgo. Entre ellos, Gilberto Gimenez, que se ocupa de la teoría de la cultura, del análisis del discurso, de la teoría de las identidades y de las representaciones sociales. Aunque sus estudios formales fueron en filosofía y sociología y su adscripción laboral es al Instituto de Investigaciones Sociales (UNAM), se enfoca mucho en la geografía cultural, en el arraigo, el paisaje y en la relación entre identidad y territorio. Desde la Universidad Autónoma Metropolitana, otra figura destacada ha sido Néstor García Canclini, abogado a la antropología urbana y que ha trabajado desde las culturas populares hasta el consumo cultural, las políticas culturales y los imaginarios.

Si bien los estudios culturales pueden dividirse temáticamente con la dicotomía espacios tradicionales- espacios modernos, para la geografía la cuestión era entre lo rural y lo urbano. Derivado de una tradición que se enfocaba en lo primero surgieron estudios territoriales, con un punto de vista cultural, donde se exploraba la vida comunitaria y las formas de entender el mundo. Originario de su zona de estudio, Esteban Barragán López, del Colegio de Michoacán, se adentró entre las montañas y cañadas del sur de Jalisco, en sus límites con Michoacán, entre los que viven *Más allá de los caminos* (1990), para analizar a la cultura e identidad ranchera, misma que quedó también plasmada en su libro *Con un pie en el estribo. Formación y deslizamientos de las sociedades rancheras en la construcción del México moderno* (1997); Julio Glockner (1996, 2000), exploró, en Puebla, el vínculo sociocultural entre los habitantes de los pueblos cercanos al Popocatepetl y los volcanes; Patricia Arias, desde la Universidad de Guadalajara, estudió la diversidad cultural del entorno rural y su

transformación socio territorial. Esta autora trata también temas de cultura laboral, formas de vida, migración y género.

En concordancia con el crecimiento de la población urbana en el país y con los cambios en la discusión de lo que significa la investigación desde un enfoque cultural, los estudios urbanos se convirtieron en un campo muy fructífero desde el punto de vista que nos ocupa. Alicia Lindón se ha adentrado en la vida cotidiana, en las topofilias y las topofóbias; junto con Daniel Hiernaux ha investigado la periferia urbana. Este último también se ha especializado en los espacios turísticos y en su naturaleza fugaz. Rossana Regullo aborda la dimensión simbólica de la ciudad. Los grandes centros comerciales, las galerías y los fraccionamientos cerrados han sido objeto de atención de otro grupo de investigadores como Inés Cornejo Portugal, José Humberto Fuentes, Angela Giglia, Eloy Méndez, Daniel Hiernaux y Liliana López Levi; las voces de lo urbano, de su identidad, de las apropiaciones del espacio y de la cultura política se han plasmado también en textos de Sergio Tamayo, Miguel Angel Aguilar, Patricia Ramírez Kuri, Abilio Vergara y Vicente Guzmán, por mencionar algunos.

Otro de los problemas centrales en el mundo actual es el de la migración. En este sentido y de acuerdo con cifras recientes, México es el país que más expulsa trabajadores migrantes del mundo (González y Brooks, 2007), lo anterior tiene consecuencias regionales y locales importantes. En el Colegio de la Frontera Norte, José Manuel Valenzuela, y en el Colegio de Sonora, Eloy Méndez, con sus respectivos equipos de colaboradores han abordado el fenómeno fronterizo con una perspectiva territorial y cultural importante; han analizado diversas ciudades fronterizas y la conformación de sus espacios cotidianos. Entre los recursos metodológicos y discursivos de ambos destaca el uso de fotografías y de entrevistas. Muestra de sus trabajos son *El paso del Nortec* (2004) de Valenzuela y *Arquitectura Transitoria. Espacios de Paso y Simulación en la Frontera México-Estados Unidos*, de Méndez (2002). La migración a Estados Unidos, en su dimensión geográfica, también ha sido estudiada desde el centro del país por Ludmila Borisovna Biriukova (2002), quien junto con Ricardo Téllez ha analizado la migración, las identidades y percepciones (2003, 2007); en su aproximación al fenómeno, la entrevista a profundidad y, en particular, las historias de vida han sido parte central de su trabajo.

En el marco de un mundo globalizado, los geógrafos mexicanos reciben la influencia de sus colegas en otras partes del mundo, en particular anglosajones, franceses, españoles y brasileños. De ellos llegan textos que son leídos, citados y reseñados por los mexicanos. Sin embargo, en términos de geografía cultural son la escuela francesa y la anglosajona las que trazan caminos. Sauer es constantemente referido cuando se habla de la geografía cultural, aunque generalmente es en términos de historia de la disciplina. Entre los artículos de los geógrafos que se han orientado hacia la cultura encontramos referencias que nos señalan las influencias recibidas. Así, entre las hojas de libros y revistas se asoman las ideas de Paul Claval, Claude Raffestin, Yi Fu Tuan, Edward Soja, Mike Crang, James Duncan, Denis Cosgrove, Peter Jackson y Ann Buttimer; también Henry Lefebvre, Michel Foucault, Michel De Certeau, Ferdinand Braudel, Ernest Cassirer, Clifford Geertz, Paul Ricoeur, Gaston Baschelard y Pierre Bordieu.

En la intersección de las investigaciones espaciales o territoriales con las culturales, hemos enfatizado en la religión y la literatura, como dos temas tradicionalmente importantes. Sin embargo, como lo destaca Armando García Chang (2004), tras una revisión sobre los estudios religiosos en nuestro país, esta perspectiva ha sido poco afortunada en México. La producción académica en el marco de la geografía refleja un escaso interés en ello. Entre los pocos ejemplos está un libro, de enfoque monográfico, coordinado por Landázuri, López Levi y Sánchez Albarrán (2006) donde se caracteriza la *Diversidad Religiosa en Xochimilco*.

En la relación geografía literatura ha habido varios intentos de acercamiento, no todos fructíferos y se encuentran más consolidados desde la literatura. En particular destacan los trabajos de Axayacalt Campos García Rojas (2003) para quien la geografía, además de un espacio físico, es la morada del hombre y, como tal, tiene dos dimensiones: la geografía real, basada en lugares reconocibles y la geografía de la imaginación, en su caso medieval, donde convergen reinos misteriosos, islas encantadas, montañas indómitas y extensos mares. Lugares que, si bien, Campos los busca en la novela de caballería, los geógrafos podemos encontrarlos en los mapas europeos de la misma época. Desde la literatura medieval, podemos también encontrarnos con Xiomara Luna Mariscal (2006), que aborda la percepción espacial en una novela de caballería hispánica, y con la mexicana Simone Pinet Peralta (2003, 2005, 2007), quien ahora desde Cornell, se ocupa de literatura en relación con las teorías del espacio y la

cartografía medieval y renacentista. Desde una literatura más reciente, Luz Aurora Pimentel analiza los modos de representación del espacio en la narrativa. En sus libros, *El relato en perspectiva* (1998) y *El espacio en la ficción* (2000) explora el espacio diegético, es decir, el universo construido al interior de la novela.

Desde los que se nombran geógrafos poco hay sobre literatura, aunque en mi libro *Centros comerciales: espacios que navegan entre la realidad y la ficción*, se retoma la teoría literaria para analizar el espacio urbano posmoderno. Quizás sea Ludmila Biriukova (2004, 2006, 2007) quien más se ha adentrado en el tema, con la literatura rusa, haciendo honor a sus orígenes.

Un tercer tema clásico, además de literatura y religión, sería el de los grupos sociales, y que, en vista de los tiempos nos demanda ir más allá de los indígenas, obreros y campesinos para adentrarnos las implicaciones de la diversidad cultural. Múltiples son las posibilidades que se abren desde esta óptica. Un ejemplo, de nuevo desde la multidisciplina, se encuentra en el número 62 de la Revista *Ciudades* (2004), donde algunos autores, entre ellos geógrafos, exploran algunas facetas que vinculan la sexualidad y el territorio. Estos estudios de género, en particular los que tienen una óptica feminista o *queer*, tienen una presencia que comienza a vislumbrarse y que seguramente ganará más terreno en el futuro.

El espacio es el centro de muchas disciplinas, además de la geografía, de ahí que a veces es difícil trazar las fronteras con el urbanismo y la arquitectura. En las artes ocurre algo similar, la escultura, la pintura y el teatro trabajan de manera importante con el espacio. De éstas últimas, tal vez la pintura es la que ha trazado más puentes con la geografía. Los mapas pueden ser concebidos como tales. De acuerdo con los cartógrafos, su disciplina tiene un componente artístico. Entre los estudios en geografía que han abordado la pintura están el de Federico Fernández y Gustavo Garza (2006) en el cual analizan dos pinturas; una de principios del siglo XVII europeo, de Jan Bruegel y la otra, de la segunda mitad del XVI en la Nueva España, sobre el Valle del Meztitlán. Desde la historia, Delgado López (2003), estudió las representaciones cartográficas en las Relaciones Geográficas del Siglo XVI. Vicente Guzmán, mencionado antes en el marco de los estudios urbanos, es arquitecto, pintor y especialista en estudios socio-territoriales. Él ha incorporado el dibujo y la pintura no sólo como una forma de

representar el espacio, sino que también la usa para aproximarse a las personas cuando estudia una localidad.

En los estudios donde convergen la geografía, la historia y la cultura están los trabajos de Federico Fernández (1999, 2002, 2004, 2006), donde se analiza el imaginario urbano del siglo XVI, la Ciudad de México en el periodo neoclásico y el paisaje urbano en la Nueva España. Él junto con García Zambrano y otros autores son responsables del análisis sobre *Territorialidad y Paisaje en el Altepétl del siglo XVI*.

Desde la perspectiva institucional, la geografía cultural aumentó su presencia a cuenta gotas en las últimas décadas. Varias instituciones académicas a lo largo y ancho del país han publicado libros y números de revistas con temas de geografía cultural, por ejemplo, el libro coordinado por Nancy Churchill y Ubaldo Ortega *Ciudad, región, territorio*, donde se analizan los espacios humanos y el desarrollo en el estado de Puebla; asimismo, está la Revista de Ciencias Sociales de La Universidad de Nuevo León, *Trayectorias* (2005) con un número dedicado al espacio y la cultura, donde se abordan temas de identidad, espacio vivido y paisaje; la Universidad de Sonora, tiene un número de su revista *Imaginales* (2005) donde se habla de los fraccionamientos cerrados con un enfoque cultural; El Colegio de la Frontera Norte, en 2006, sacó un libro coordinado por Camilo Contreras y Adolfo Narváez (2006), cuyo tema es *La experiencia de la ciudad y el trabajo como espacios de vida*. Aunque los anteriores representan un gran avance en la difusión del quehacer académico, en su mayoría son documentos que unen reflexiones individuales en la materia. Habría que reconocer que son pocos los grupos y que, en términos de trabajo colectivo, queda mucho camino por andar.

En el seno de la Universidad Nacional Autónoma de México ha habido, en sus escuelas y facultades, quienes desde diversas áreas se centran en el tema. Sin embargo, en el caso de su Instituto de Geografía, los estudios culturales tienen una historia muy reciente que comienza a abrirse paso a partir de la geografía histórica. Es significativo que dicho instituto se encuentre en la Coordinación de Ciencias y que sus departamentos se dividan entre "geografía física", "geografía económica" y "geografía social". En su parte destinada a la docencia, la geografía se ubicó hasta 1941 en la Facultad de Ciencias y después se fue a Filosofía y Letras, donde la cercanía con otros colegios la ha situado en un contexto donde se respira un aire humanístico, sin embargo, la influencia

para el desarrollo de los estudios culturales ha sido poca. Las huellas pueden rastrearse entre algunas de las tesis de licenciatura, maestría y doctorado.

Quizás sea la Universidad Autónoma Metropolitana donde la geografía cultural se ha desarrollado más. En particular en su Unidad Iztapalapa, donde la cercanía con sociólogos y antropólogos ha sido aprovechada; donde el contacto con académicos de otros países y en eventos internacionales ha sido significativo y donde las publicaciones en la materia han rebasado el ámbito nacional. La licenciatura en geografía que ahí se imparte tiene una orientación que permite más la reflexión desde el ámbito cultural que sus equivalentes en otras instituciones. En el seno de la UAM se han organizado además congresos y coloquios donde se han tocado temas que vinculan la ciudad, el espacio y los imaginarios. En todo ello, el liderazgo de Daniel Hiernaux y Alicia Lindón ha sido importante.

Fuera del ámbito académico, desde las instituciones de gobierno, el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CONACULTA) ha mostrado interés por la cartografía cultural, a partir de ello se han desarrollado cursos y proyectos, sobre todo orientados al patrimonio, tanto material como inmaterial, y a su gestión. Uno de los principales productos fueron unos mapas de México, donde quedaba representada *La diversidad cultural de México, los pueblos indígenas y sus 62 idiomas* (1998), *Arte Popular Mexicano* (1998) y *Las cocinas regionales* (2000). Asimismo, elaboraron un sistema de consulta por Internet con datos tales como museos, teatros, auditorios, bibliotecas, librerías, instituciones y centros culturales, zonas arqueológicas, grupos artísticos, fiestas y festivales, entre otros, por entidad federativa, llamado Sistema de Información Cultural. Aunque no se trata de productos académicos de análisis cultural, son un importante esfuerzo de sistematización, por parte del gobierno, para el registro y difusión del patrimonio e infraestructura existente. Con las reservas de hablar sobre momentos muy diferentes, en congruencia con las finalidades y recursos de su tiempo, podríamos asociar este ejercicio al de las Relaciones Geográficas del Siglo XVI, donde se caracterizaba y describía lo existente en el territorio.

En resumen, podemos afirmar que la geografía cultural en México tiene una presencia relativamente reciente; le falta una mayor articulación entre la comunidad de investigadores y profesionistas especializados en geografía, por lo que es difícil hablar de un cuerpo académico. Un factor que ha sido significativo para su desarrollo ha sido

el contacto con otras disciplinas, lo que reafirma la necesidad de una interdisciplinariedad para abordar este campo de estudios; así como los vínculos con investigadores de otros países, donde la discusión sobre el tema ha tenido mayor presencia que en el nuestro.

3. Espacio y cultura

Del individuo al espacio cultural

Hasta aquí hemos definido a la geografía cultural y hemos visto cómo se han desarrollado los estudios culturales vinculados a la geografía en México. Sin embargo, queda pendiente ahondar más en la reflexión sobre la manera en que el espacio y la cultura se entretajan; sobre la forma como se producen los territorios concretos, las regiones y los paisajes; acerca de la manera en que podemos interpretar, con un enfoque espacial, cuestiones tales como la vida cotidiana, las representaciones sociales y las expresiones artísticas; en cómo adentrarnos a la dimensión simbólica de las prácticas humanas. Para todo ello, sería pertinente tomar como punto de partida la conformación del *homo sapiens* como ser cultural. Así que iniciaremos la sección, como inician muchas historias, en el momento en que su protagonista llega a este mundo.

Desde su nacimiento, el ser humano deja su esfera eminentemente biológica para entrar en el mundo social. Día a día aprende a manejar el espacio a través de su cuerpo y a comprender su individualidad. Con base en los referentes culturales de su comunidad, construye su persona. En este sentido, el lenguaje es el aprendizaje central; a través de él se relaciona con sus semejantes, concibe y expresa su experiencia; a partir de sus características sexuales y del medio social donde se encuentra construye su género. Su grupo familiar o doméstico le introduce a las relaciones jerárquicas, que después han de reproducirse en otros ámbitos. Poco a poco conceptualiza las dos dimensiones en las que ha de moverse, el espacio y el tiempo.

Las relaciones sociales pueden entenderse a partir de la forma en que espacio y tiempo se asocian. El norteamericano Edward Soja (1997: 260-278), con base en Henry Lefebvre, habla de la dialéctica del ser: espacialidad, temporalidad y socialidad. Un vínculo únicamente temporal podría ser el genético, sin embargo, normalmente está mediado por una estructura familiar con la que compartimos la existencia, y que a través

de sus prácticas y discursos se encarga de transmitirnos, de recuperar de la memoria, lo que considera relevante de nuestros antepasados.

Las relaciones espaciales implican que dos o más personas existan al mismo tiempo. El vínculo entre ellos puede verse favorecido por la vecindad, sin embargo, los factores sociales de asociación entre individuos van más allá del contacto físico, lo que permite la interacción incluso a través de la distancia. La gente se puede comunicar o influir en los demás sin estar en el mismo lugar. Cuando dos personas hablan por teléfono o se conectan a través de Internet no lo hacen en ausencia de un espacio, sino a través de una estructura espacial de mayor complejidad.

Los seres humanos nos enfrentamos, en primera instancia, a este mundo a partir de nuestra espacialidad, temporalidad, género y relaciones de poder. Construimos un sistema colectivo que va a variar de un grupo social a otro y que será la esfera cultural. A ello se unirán otras características que vamos adquiriendo y a las cuales damos relevancia, para configurar nuestras relaciones, prácticas sociales, formas de expresión y de representación del mundo. Con base en lo anterior, en los valores y en las costumbres que hemos aprendido le damos sentido a la existencia individual y colectiva. De ahí se derivará lo que ha de ser nuestra vida cotidiana, con sus grandes acontecimientos y con las pequeñas cosas que terminan por trazar destinos. Aunque los sentimientos y acciones particulares de cada individuo puedan pasar desapercibidas, la suma de ellos conforma la realidad. Es a partir de ahí que hablamos de la vida cultural y de sus espacios.

Ahora bien, para los propósitos de la geografía cultural contemporánea, el espacio no es algo que exista independientemente de quienes viven en él. No se trata de una plataforma donde se ubican los objetos, personas, fenómenos y eventos, ni de una dimensión independiente de la sociedad. No lo podemos definir como algo estático que funciona como escenario para aquello que ocurre sobre él, sino que es el producto de las relaciones sociales, políticas, económicas, culturales y ambientales. Constituye, a la vez, un medio por el cual se expresan y se relacionan los elementos que lo conforman. El espacio es, entonces, resultado de las relaciones sociales, ya sea de los seres humanos entre sí, como la que establecen con los otros elementos físico ambientales con los cuales comparten el planeta y su existencia. Lo anterior tiene sus repercusiones sobre la superficie terrestre, deja una huella llamada paisaje.

Las relaciones sociales se expresan de manera asimétrica. De manera tal que aunque sea una vasta heterogeneidad de individuos los que habitan este planeta, no todos se hacen patentes ni dejan su impronta de la misma forma. Es aquí donde resulta pertinente incorporar las aportaciones de Michel Foucault y su análisis del poder. Dicho autor afirma que el poder no es una cosa, ni un atributo, sino que se refiere a una relación entre dos o más sujetos; por tanto aparece en cualquier relación social. Nadie escapa a esta dinámica y una misma persona puede tomar diferentes posiciones en diversos contextos. El poder se encuentra atomizado y se expresa en diversos ámbitos de la vida cotidiana; es una inmensa red de relaciones intangibles presente en todas las estructuras e instituciones sociales: familia, escuela, trabajo, hospitales, cárceles, entre otras. El poder se difunde cotidianamente mediante infinitos mecanismos y prácticas que producen relaciones móviles que siempre son asimétricas. Se trata de un componente transitorio que atraviesa el conjunto de las relaciones sociales y que produce desequilibrios regionales.

El género también está implicado en las relaciones de poder. Las características sexuales, de género y de deseo sexual le dan a cada persona un lugar en la sociedad, unos atributos a partir de los cuales ven y son vistos por sus compañeros de especie. Las posibilidades de comportamiento, los intereses, su manejo en el mundo reflejan lo anterior; hay códigos, reglas e incluso leyes que norman su inserción en la sociedad y en el territorio. A partir de ello, los estudiosos han generado oposiciones entre hombres y mujeres, entre homosexuales y heterosexuales o entre heterosexuales y queer, en ésta última categoría se incluyen homosexuales, transvestis, transexuales, etc.

A partir de su inserción en la comunidad los seres humanos adquieren, además, otros atributos como lo son costumbres, valores, conciencia, conocimiento y sobre todo, lenguaje. Este último es muy importante, porque a partir de él nos relacionamos, conformamos y entendemos la realidad. Para el psicoanalista Jacques Lacan los humanos se convierten en seres sociales, desde el momento en que se apropian del lenguaje. El lenguaje nos constituye como sujetos; en él se incorpora la carga social que toda persona tiene de su comunidad.

Si retomamos la idea de que el espacio social se construye a partir de sus actores, sus acciones y relaciones; si éstas son producto de los valores, costumbres y demás parámetros culturales, resulta entonces, que todo espacio es producto de la cultura. Sin

embargo, el resultado es dinámico, cambiante y en transformación constante, lo que le permite ser, al mismo tiempo, la huella de los procesos en él ocurridos y el medio por el cual un grupo social se expresa y representa su realidad. Es aquí donde podemos encontrarle sentido a las cosas, donde podemos explorar en la dimensión simbólica del territorio.

La dimensión simbólica

La vida sobre la Tierra tiene una dimensión material y concreta, en la cual podemos ubicar diversos fenómenos y comprender su comportamiento; sin embargo, cuando ya entra en juego la existencia humana, su actuar, sus omisiones, sus formas de conocimiento, de expresión y representación nos adentramos de una u otra forma al campo de lo simbólico. A través de ello, y con base en concepciones, normas y códigos establecidos por nuestro grupo social, le damos sentido y significado a los objetos, las ideas, las personas, los lugares, los momentos y los acontecimientos.

El ámbito simbólico se construye a partir de los sistemas de signos. Un signo es aquello que situamos en lugar de otra cosa, es algo que nuestra mente asocia con algo más. La palabra silla no es la silla en sí, sino lo que nosotros usamos para evocarla. El papel moneda no tiene ninguna utilidad hasta que no lo concebimos como dinero y, por tanto, como instrumento de cambio comercial.

El símbolo es la base de la comunicación, pero la comunicación no sólo se da con palabras, también con nuestro cuerpo, con los gestos, las actitudes, las formas de arreglarnos. Si alguien viste de negro, si tiene un traje sastre o si sus ropas están rotas nos manda un mensaje que habremos de interpretar con nuestros códigos. En occidente, el negro se deriva de la melancolía y representa el luto, en el Islam, significa pureza; para los jóvenes contemporáneos puede ser la marca de su identidad black, dark o gótica. En términos arquitectónicos, si una casa tiene una barda muy alta al frente, si es muy grande, si para llegar a ella hay que pasar vigilante y caseta, son características del objeto-vivienda a partir de los cuales obtenemos información. En cuestiones urbanas, si una ciudad está llena de basura, si se encuentra descuidada en su arreglo o está organizada para facilitar el uso de los coches también son elementos que nos hablan.

El paisaje, al igual que las palabras, es una creación cultural del ser humano y por ende, constituye un lenguaje, una forma de expresión de la sociedad, susceptible a ser

interpretada, a tener un sentido en función de quienes la habitan, la visitan, la viven, la incorporan entre sus intereses.

Ferdinand Saussure concibió a la semiología como el estudio de los signos en el seno de la vida social. En forma paralela, el norteamericano Charles S. Pierce le llamó Semiótica a la teoría general de los signos. A partir de ellos, surgió una disciplina que ahora es central en el ámbito de los estudios culturales y a la cual han aportado pensadores destacados como Roland Barthes, Umberto Eco y A.J. Greimas.

Desde la óptica del espacio social, diversos autores, principalmente de la escuela anglosajona, como James Duncan, Trevor Barnes, Denis Cosgrove y J. B. Harley retomaron estas ideas y se adentraron en el análisis cultural, utilizando metodologías en donde se asocia el paisaje con el texto escrito o el discurso. En sus escritos, el concepto de "texto" incluye, además de la narración escrita, producciones culturales como la pintura, los mapas y el paisaje. Estas producciones del ser humano deben verse como elementos que no se leen de forma pasiva, sino que se van leyendo al mismo tiempo que se escriben. En este sentido, su importancia va más allá de la intencionalidad creadora, pues es interpretado, transformado e imaginado de acuerdo con la persona receptora y el momento en que entra en contacto con el paisaje. La manera en que sus actores se relacionan con el territorio y la forma en que la multiplicidad de interpretaciones le da significado al lugar, lo transforman constantemente. La intención original queda impresa como una interpretación más y el sentido que tiene el territorio depende más de la estructura del poder que de un esquema de comunicación donde el emisor tiene el mismo peso que el receptor. El espacio social se encuentra inmerso en un proceso dinámico de creación y transformación, en donde se producen, se reproducen y se transforman las prácticas humanas. Por lo que el espacio viene a ser tanto el resultado de las relaciones geográficas como el medio para su expresión y dinámica.

Las múltiples interpretaciones que puede generar el paisaje como práctica cultural de significación contienen otros textos culturales que serán una referencia en la relación comunicativa, y que producirán un significado; uno que no es estático, sino que varía en función del momento histórico, el contexto social y de las características singulares del individuo o comunidad que le da sentido a un espacio determinado.

De la dialéctica del ser, mencionada con anterioridad, Edward Soja transita a la dialéctica del espacio, conformada por lo vivido, lo percibido y lo concebido (Soja,

1997: 260-278). Esto es importante, ya que con ello se rompe el binomio conformado como el mundo material, de un lado, y al ámbito mental y emocional, por el otro. Se trasciende la idea de que la mente humana y lo que en su interior sucede pertenece al ámbito de lo psicológico y sólo puede estudiarse a partir de la percepción y la representación, sino que también se propone que ésta tiene un papel activo y central en la formación de la realidad. Con ello, la construcción social del espacio no se limita a elementos y factores que tienen manifestaciones materiales, palpables y concretas, sino que también se engarzan con los sueños, los deseos, las perspectivas, las fobias y demás cuestiones que reflejan los imaginarios sociales, y que también tienen sus consecuencias en la organización del espacio habitado.

Lo imaginario es la forma en que conocemos y entendemos el mundo. Cuando entramos en contacto con la realidad, la organizamos en la mente de acuerdo a nuestro conocimiento, creencias, valores, habilidades, inquietudes y contexto histórico-geográfico. En los imaginarios depositamos las cargas que le dan sentido a las cosas, es a partir de los mismos que estructuramos y explicamos el mundo para llegar a lo simbólico. Lo imaginario es un registro pre-verbal, cuya lógica es esencialmente visual (Sarup, 1993: 24) y se encuentra cada vez que un sujeto se relaciona con su entorno. Es una esfera que no se opone a la de la realidad, pues está en estrecha relación con ella, y la transforma a través de la mente humana, de la historia, del conocimiento y de la experiencia, para dar lugar a la interpretación y a darle significado. El imaginario es, dicho de otro modo, la realidad percibida por una persona o sociedad y para expresarlo es necesario entrar al terreno de lo simbólico. Es ahí donde se convierten en palabras, en narraciones, creencias, historias, mitos, pinturas, fotografías, películas, canciones, obras literarias, tradiciones, costumbres y, por supuesto, paisaje. Tiene que ver con el lenguaje, con sus límites y con sus juegos, con la manera en que las ideas se expresan y se convierten en un medio de comunicación. Lo simbólico es el reflejo de los imaginarios y permiten expresar el sentido que le damos a la realidad.

Con el reconocimiento de la parte humana más subjetiva como conformadora de los procesos sociales, es decir, aquella que tiene que ver con las emociones, los sentimientos, los pensamientos, la posibilidad creadora, con los intereses de producción, reproducción y cambio; los imaginarios adquieren un lugar primordial en las configuraciones territoriales y en los paisajes correspondientes.

Territorio y Paisaje

Desde la óptica de los estudios culturales y de la construcción social del espacio, cobran particular significado el territorio y el paisaje, como dos expresiones simbólicas donde quedan plasmados el habitar y los imaginarios humanos. Su análisis puede llevarnos a dilucidar y a entender el sentido que como sociedad le damos al mundo del cual formamos parte.

El primer territorio es el cuerpo. Una de nuestras primeras tareas en la vida es tomar conciencia de ello, aprender a manejarnos considerando los límites impuestos por él, saber integrar sus partes y aprovecharlas para interactuar con el mundo. Después, con la edad, nos enfrentamos a las expectativas propias y ajenas acerca de la imagen que debiéramos tener. Comienza entonces a aparecer la noción de similitud y diferencia. Somos porque nos parecemos, no somos porque nos diferenciamos; se teje, entonces, el principio de identidad.

A través de nuestra parte tangible nos expresamos y construimos una imagen propia de acuerdo con las posibilidades que se nos presentan, de manera tal que podemos plantearnos encajar en un sistema o rebelarnos a él. En la ambigüedad entre el consumo, la identidad y el rechazo, las personas dibujan sobre su cuerpo la imagen que tienen de sí mismos, en particular los jóvenes saben sacar provecho y toman posesión de lo suyo. De manera tal que el espacio urbano, la calle, los barrios, los centros comerciales, las plazas se convierten en un escenario para ver cuerpos modelados a través de las dietas, los tintes, los atuendos, los tatuajes, los piercing y una serie de elementos mediante los cuales los individuos marcan el propio territorio.

El segundo territorio es la casa, ámbito privado, de la intimidad, que refleja los cuerpos que lo habitan, pero donde, ya es más difícil que el individuo decida como si fuera el único habitante de la morada. El hogar es el lugar de la célula mínima de la sociedad, con sus estructuras micro jerárquicas, que van delineando los patrones culturales, los modos de vida. Sin embargo, no todo queda en el grupo doméstico. En la casa entra discretamente el resto de la sociedad para poner las reglas, distinguir lo bueno de lo malo, para organizar los espacios y los tiempos, para establecer los modelos a seguir.

El espacio de vivienda viene a ser una transición entre el cuerpo y la comunidad. Es una pieza clave en lo que va a constituirse como la localidad o la urbe. Refleja la mente de

los individuos que la habitan, a la vez que hace eco de la sociedad donde está inserta. Cada una de las construcciones tiene huellas de quienes las habitan, de sus ideales y esperanzas; así como del espacio cultural del cual forman parte.

Del ámbito más íntimo, familiar o gregario pasamos al público. Las relaciones entre el espacio social construido y los imaginarios ciudadanos quedan plasmados en los edificios, en los complejos habitacionales, en las calles, en los letreros, en los anuncios, en la televisión, en el cine y las revistas. Por todos lados vemos rastros de un universo, donde realidad, representación y fantasía dejan de ser opuestos para fusionarse en una misma cotidianidad, donde un mundo alternativo se transporta para poblar nuestras zonas urbanas.

La noción de territorio parte de una connotación política, muchas veces asociada a la conducta animal, donde una porción de la superficie terrestre está sujeta a procesos de posesión, soberanía, gestión, dominio, administración, control, utilización, explotación, aprovechamiento y apropiación. En función de esto último, el término ha sido central en los estudios culturales. Si retomamos la triada propuesta por Soja (1996), la apropiación del territorio implica en términos culturales vivir el espacio, concebirlo y percibirlo, y dentro de ello quedan las acciones de nombrarlo, utilizarlo, habitarlo, recorrerlo, mostrarlo, aprovecharlo, sentirlo, incorporarlo y marcarlo, es decir, dejar una impronta, materializarlo.

La relación que las comunidades establecen con su entorno y sus prácticas dejan una huella sobre la superficie terrestre, le dan forma a los lugares, los moldean y los convierten en paisaje; con ello conforman su territorio, es decir, el lugar que habitan con los suyos y por el cual sienten identidad y pertenencia.

El paisaje es también un elemento simbólico, desde el momento en que sobre él queda plasmado el significado que la sociedad le da a su habitar en el territorio, donde lo tangible hace eco de lo intangible y deja huella en los lugares, queda escrito en lo local. De manera tal que los apegos, las aspiraciones, los sueños, las angustias, las barreras, los prejuicios, las alegrías, los dolores, las fortunas y los destinos se entretejen para que la humanidad materialice su sentir sobre el planeta.

Vida cotidiana, expresiones y representaciones del espacio

Aun en el entendido de que toda esta vastedad que implica la vida humana puede ser objeto de los estudios culturales, aún considerando que la geografía cultural tiene que ver con la expresión espacial de la dimensión simbólica de la sociedad, y por ende estar relacionada con muchas prácticas sociales; considero que hay ciertos temas que se encuentran en el centro mismo de la disciplina y que podemos recuperar a partir de otra concepción sobre lo que es cultura; es decir, las formas de vida, de expresión y representación del mundo. De ahí surgen los estudios acerca de la vida cotidiana, de las cosmovisiones, de las representaciones territoriales y de las expresiones artísticas.

La vida cotidiana nos lleva por el trajinar diario de las personas en sociedad y de los lugares que construyen para ello, nos adentra en sus casas, en sus lugares de trabajo, sus centros de enseñanza, en los lugares de consumo, de ocio, de interacción social y de esparcimiento, es decir, en lo público y lo privado. Lo que desde ciertos planteamientos nos puede llevar también al espacio vivido; a entender el lugar a partir de su ocupación diaria, de las sensaciones que genera y de las representaciones que produce.

El estudio de la cosmovisión, de cómo los diversos grupos humanos explican el mundo, le ha dado un lugar privilegiado a la religión. Sin embargo, a lo largo de la historia de la humanidad ha habido otro camino para interpretar el cosmos, la ciencia, misma que de acuerdo a los planteamientos de Foucault se construye como una forma de ejercer el poder, mediante la producción de verdades incuestionables. La ciencia también podría ser el objeto de investigación, enfocada desde el análisis de las cosmovisiones. Aunque existen numerosos textos con la historia de las ideas en geografía, poco se ha explorado en las diferencias espaciales de concebir y explicar el mundo habitado.

En cuanto a las representaciones artísticas. A lo largo de los siglos, la literatura y la pintura han plasmado evocativas descripciones de paisajes geográficos; por medio de colores, texturas, formas o palabras le han dado al lector las sensaciones de un lugar, el tipo de gente que lo habita, de las relaciones que se establecen. Los lugares han sido usados por pintores, cuentistas, novelistas y poetas para transmitir ideas, actitudes y sentimientos; muchas veces, el paisaje y sus componentes son el correlativo material de lo que sucede en la narración, de la misma manera que las formas de la superficie terrestre son el correlativo material de las relaciones, acciones y omisiones humanas. Pintura y literatura se basan en lugares existentes y los usan para transmitir emociones, ideas, sentimientos; en otras ocasiones crean algo nuevo, aparentemente sin referente a

alguna porción de la superficie terrestre, como por ejemplo, en aquellos reflejados en la literatura de ciencia ficción o en las pinturas religiosas. Sin embargo, en esos lugares quedan plasmados los imaginarios sociales, los valores, las preocupaciones, las relaciones de poder, los ideales, en fin, todo aquello que de otra manera se puede leer en el paisaje. Y si sabemos buscarlo bien, podemos encontrarlo más allá de estas dos formas artísticas que hemos privilegiado, para hallarlo en el cine, el teatro, la música, la danza, la escultura, la arquitectura y demás expresiones plásticas o escénicas.

4. La geografía cultural de cara al futuro

A lo largo del siglo XX, los estudios culturales se fueron desprendiendo de la concepción de la cultura como el estudio del otro, del que tiene cosmovisiones tradicionales y formas de vida premodernas; de la idea que cultura tiene que ver únicamente con las bellas artes o con la cultura popular. Se ha transitado a un marco teórico metodológico donde más bien es un enfoque, una forma de abordar las diversas prácticas humanas, sean políticas, económicas, demográficas o artísticas. Porque todas ellas tienen una dimensión simbólica que hemos de reconocer para darle sentido al mundo que hemos construido. La cultura, hoy en día, tiene que ver con lo que todos nosotros somos, con nuestras prácticas, nuestros imaginarios y nuestras representaciones.

En términos de los métodos de investigación, mucho se han alejado de las pretensiones de lograr una objetividad. Se parte de que el estudioso, al ser sujeto, es subjetivo. Eso nada tiene que ver con la falta de sistematización y rigor académico; múltiples son los métodos cualitativos a partir de los cuales se desarrollan los trabajos en este campo. Sin embargo, ha destacado la reflexión acerca de la posición desde donde vemos un problema de estudio. Esta nos permite ver unas cosas y no otras, seguir unos caminos en lugar de otros. Por ende, especialmente en el marco de los estudios culturales es importante hablar de la posicionalidad. Desde la concepción posmoderna del conocimiento, los geógrafos culturales, por entrenados que estén a percibir los valores ajenos no dejan de lado las características personales que los llevan a mirar las cosas de determinada manera. Por tanto, es importante admitir que no solo su visión permea su trabajo, sino que también lo hace el lenguaje que usan, pues en él conllevan valores e ideas de sus propios ámbitos sociales.

La geografía cultural hacia el futuro deberá considerar algunas cuestiones de nuestro tiempo que plantean nuevos retos. Con la globalización, la importancia de lo local ha resurgido y ha destacado la diversidad. La heterogeneidad de los actores sociales y sus múltiples facetas han llevado a la investigación más allá de la división social por clases, edades y género; para adentrarse, entre otros, en las identidades desde el consumo; las ciudades han crecido a tamaños insospechados, la tecnología ha generado nuevos mundos alternativos y el ser humano desafía su misma naturaleza.

En la actualidad hay dos revoluciones de gran trascendencia que marcan no sólo el rumbo de la historia, sino el principio de humanidad mismo. La primera es la tecnológica y la segunda es la genética. El avance en la tecnología ha cambiado las configuraciones territoriales a partir de la de la cibernética, la informática, de los medios de comunicación, de su influencia en la gente, de la consecuente movilidad poblacional, de la velocidad con la que suceden los cambios, de la fugacidad con la que nos enfrentamos al mundo. El desarrollo vertiginoso de las tecnologías ha creado nuevos canales de comunicación, formas de relación y lugares de encuentro; ha penetrado cada vez más en la vida cotidiana de las personas, en su intimidad, en su forma de vincularse y en el significado que le dan a sus actividades.

La tecnología y la forma que tenemos de manejarla ha propiciado una compleja dinámica socio espacial, donde los ámbitos de lo real y lo ficticio se entrelazan y es difícil trazar las fronteras entre lo uno y lo otro. Se crean copias, simulaciones, modelos, se hacen imitaciones de todo lo habido y por haber, se forman nuevas realidades que pierden su referente, hay nuevas utopías y distopías que nos confrontan como sociedad.

La revolución genética avanza primero hacia las posibilidades previamente planteadas por la ciencia ficción, pero después entrará en ámbitos que aún no imaginamos y nos presenta la interrogante de ¿cómo serán los seres humanos del futuro?, ¿cómo establecerán sus relaciones espaciales y qué tipo de lugares habitarán?

Con lo que hemos visto hasta ahora, genética y tecnología, llevan a replantear problemas que van más allá de la herencia y los derechos humanos. Nuestro mundo de antaño comienza a desmoronarse; las certezas de toda la vida dejan de serlo, los conceptos y principios con los que clasificábamos nuestro entorno se modifican. ¿Cuál es el género de una persona que han cambiado de sexo?, ¿qué pasa si eso no implica un cambio en su deseo sexual?, ¿qué pasa cuando la máquina forma cada vez más parte del

cuerpo humano?, ¿cuándo la necesitamos para hacer latir el corazón?, ¿Dónde está la vida? ¿Qué pasa cuándo la tecnología se vuelve indispensable para actividades tan humanas como pensar, organizarnos, enamorarnos o relacionarnos con otros individuos? Si la naturaleza humana cambia, necesariamente lo hará su cultura.

Si bien el automóvil modificó radicalmente los espacios habitados, percibidos y vividos; lo mismo está ocurriendo con los teléfonos y con la computadora. Como especie estamos transitando del *homo sapiens* al *homo cibernautas*. Pasamos de reunirnos en el café a encontrarnos en el *chat*; de platicar con el que tenemos a un lado a ignorarlo mientras nos conectamos por celular con otro; de estar en medio de la multitud y aún así sentir que tenemos una conversación privada con quien está del otro lado del auricular; hemos pasado de tener espacios de intimidad delimitados por cuatro paredes, a meter datos personales y a tener secretos almacenados en el ciberespacio.

El ser humano y la máquina, lo público y lo privado, lo real y lo ficticio entran en terrenos de neblina, sus fronteras se hacen borrosas. Si a partir de la revolución tecnológica y la revolución genética está cambiando nuestra naturaleza humana, ello necesariamente se verá reflejado en el espacio cultural; en los territorios donde vivimos y en los paisajes que producimos. Le queda mucho a la geografía cultural por explorar en este sentido, infinidad de cosas que seguramente el ser humano de hoy en día no alcanza ni siquiera a vislumbrar.

El futuro de la geografía cultural se muestra con amplios horizontes, especialmente a partir del giro cultural, que la colocó en un lugar central, y le abrió a la disciplina la posibilidad de entrar en nichos del conocimiento que antes estaban reservados para otros campos del saber.

Con todo ello, también se abre la posibilidad de regresar a reconsiderar con nuevos ojos los planteamientos de quienes vivieron antes que nosotros. Queda abierto ahondar en los caminos trazados por los miembros de la comunidad académica que nos antecedió, tomar las bifurcaciones que no tomaron, explorar nuevas morfologías del paisaje y adentrarnos aún más en las tierras incógnitas de la mente humana.

Bibliografía

LÓPEZ LEVI Liliana (2010) "La geografía cultural en México: entre viejas y nuevas tendencias" en: Hiernaux Daniel (director) *Construyendo la geografía humana*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa / Anthropos. ISBN: 978-84-7658-962-5. Págs. 205-228.

ACUÑA R. (Editor), (1984-1987) *Relaciones Geográficas del Siglo XVI*. México. Universidad Nacional Autónoma de México.

ARIAS P., (2005). "Nueva ruralidad. Antropólogos y geógrafos frente al campo hoy" en: Héctor Ávila Sánchez (Coord.) *Lo urbano-rural, ¿nuevas expresiones territoriales?*, México. CRIM-UNAM. pp.123-159.

BARNES T. & J. DUNCAN (Eds), (1992), *Writing Worlds*. New York y London. Routledge.

BARRAGÁN E., (1990). *Más allá de los caminos. Los rancheros del Potrero de Herrera*. Zamora. El Colegio de Michoacán.

BARRAGÁN E., (1994). "La Organización Ranchera del Espacio Geográfico", en Rafael Diego (editor) *La herencia española en la cultura material de las regiones de México*. Zamora. El Colegio de Michoacán, México. pp. 47-78.

BARRAGÁN E., (1997). *Con un pie en el estribo. Formación y deslizamientos de las sociedades rancheras en la construcción del México moderno*. Zamora, El Colegio de Michoacán.

BARRAGÁN E., (2001). "Formas espaciales y procesos sociales en la Sierra del Tigre" en: *Relaciones*. Invierno, volumen 22, número 85. Zamora. El Colegio de Michoacán. Págs 105-130.

BERDOULAY V. y H. MENDOZA, (2003). *Universidad y Diversidad del pensamiento geográfico en el mundo. Retos y Perspectivas*. México. UNAM/ INEGI/ UGI.

BIRIUKOVA L. B. (2002). *Vivir un espacio*. Puebla. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

BIRIUKOVA L. B. (2002). "Un rostro de la migración: Huejotzingo", en Aguirre Anaya, Carmen y Alberto Carabarrín Gracia, eds., *Tras la huella de personajes mexicanos*. Puebla. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Pp. 231-286.

BIRIUKOVA L. B. y R. TÉLLEZ GIRÓN LÓPEZ, (2003). "Migración, identidades y percepciones", *Cuadernos de trabajo*, 34, Puebla. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2003, 28 p.

LÓPEZ LEVI Liliana (2010) "La geografía cultural en México: entre viejas y nuevas tendencias" en: Hiernaux Daniel (director) *Construyendo la geografía humana*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa / Anthropos. ISBN: 978-84-7658-962-5. Págs. 205-228.

BIRIUKOVA L. B. y R. TÉLLEZ GIRÓN LÓPEZ, (2007). "Testimonios de migración. Tianguistenco, Huejotzingo, Puebla". *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, (publicación semestral del Instituto Internacional de Filosofía), Vol. 9, núm. 1, enero-junio de 2007, tercera época. México. Instituto de Posgrado, Investigación y Educación Continua, Universidad Intercontinental. pp. 67-96.

BIRIUKOVA L. B., (2006). "Siete poetas de la diáspora rusa", en *Arquitrave*, Año IV, num 23. Febrero de 2006. Bogotá. Ediciones Architrave, pp. 11-25.

BIRIUKOVA L. B., (2007). "Literatura y sociedad. Poesía rusa de la segunda mitad del siglo XX", en *Revista Alforja*, núm. 40, primavera 2007, México. pp. 49-68.

CAMPOS A., (2003). *Geografía y desarrollo del héroe en Tristán de Leonis y Tristán el Joven*. Alicante. Universidad de Alicante.

CEBALLOS GARIBAY H., (2000). *Foucault y el Poder*. México. Ediciones Coyoacán.

CHURCHILL CONNER N. y U. ORTEGA MALDONADO (coord), (2001). *Ciudad, región, territorio. (Espacios humanos y desarrollo en el estado de Puebla)*. Puebla. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

CONACULTA (1998) "La diversidad cultural. Las lenguas indígenas de México". Mapa elaborado por la Dirección General de Culturas Populares e Indígenas. México. CONACULTA.

CONACULTA (1998) "La diversidad cultural. Arte popular mexicano". Mapa elaborado por la Dirección General de Culturas Populares e Indígenas. México. CONACULTA.

CONACULTA (2004) "La diversidad cultural. La cocina Mexicana." Mapa elaborado por la Dirección General de Culturas Populares e Indígenas. México. CONACULTA.

CONTRERAS DELGADO C., (2005). "Pensar el paisaje. Explorando un concepto geográfico" en: *Trayectorias*. Revista de ciencias sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Año VII, num 17, Enero-abril. Monterrey. Universidad Autónoma de Nuevo León.

LÓPEZ LEVI Liliana (2010) "La geografía cultural en México: entre viejas y nuevas tendencias" en: Hiernaux Daniel (director) *Construyendo la geografía humana*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa / Anthropos. ISBN: 978-84-7658-962-5. Págs. 205-228.

CONTRERAS DELGADO C. y A. NARVÁEZ TIJERINA, (2006). La experiencia de la ciudad y el trabajo como espacios de vida. México. El Colegio de la Frontera Norte, Universidad Autónoma de Nuevo León, Plaza y Valdes Editores.

CRANG M., (1999). *Cultural Geography*. York y London. Routledge.

DELGADO LÓPEZ E., (2003). "Paisaje y cartografía en la Nueva España. Análisis de dos mapas que acompañan al corpus de las Relaciones Geográficas (1577-1583), en: *Estudios de Historia Novohispánica* 28. enero-junio 2003. México. Universidad Nacional Autónoma de México. México. Págs 77-102. [en línea]. <http://www.ejournal.unam.mx/historia_novo/histnovo_index.html [Accesado el 20 de julio de 2007]

DUNCAN J. & N. DUNCAN, (1988), "(Re)reading the landscape", en: *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 6, London, págs. 117-126.

DUNCAN J., (1990), *The City as Text: the Politics of Landscape Interpretation in the Kandy Kingdom* Cambridge. Cambridge University Press.

EDGAR A. & P. SEDGWICK, (2002). *Cultural Theory. The keys concepts*. New York y London. Routledge.

ESPARZA SERRA L. L., (2005). "El espacio y la vida. Jerarquía, familia y parentesco en la India rural", en: *Trayectorias*. Revista de ciencias sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Año VII, num 17, Enero-abril. Monterrey. Universidad Autónoma de Nuevo León.

FERNÁNDEZ CHRISTLIEB F., (1999). "El imaginario urbano del siglo XVII. La ciudad de Descartes y de Perrault", en *Anuario de Espacios Urbanos 1999*. México. UAM-Azcapotzalco.

FERNANDEZ CHRISTLIEB F., (2002). *Mexico ville néoclassique. Les espaces et les idées de l'aménagement urbain 1783-1911*. L'Harmattan-Laboratoire Espace et Cultures, Paris. Université de Paris IV-Sorbonne. 249pp.

FERNÁNDEZ CHRISTLIEB F., (2004). "Antecedentes para el estudio cultural del paisaje urbano en la Nueva España del siglo XVI", en *GeoTrópico* [En línea] vol. 2 n°1.

LÓPEZ LEVI Liliana (2010) "La geografía cultural en México: entre viejas y nuevas tendencias" en: Hiernaux Daniel (director) *Construyendo la geografía humana*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa / Anthropos. ISBN: 978-84-7658-962-5. Págs. 205-228.

GeoLat/Universidad de Córdoba. http://www.geotropico.org/2_1_F_Fernandez.html. [Accesado el 21 de agosto de 2007]

FERNÁNDEZ CHRISTLIEB F. y A. J. GARCÍA ZAMBRANO (Coords.), (2006). *Territorialidad y paisaje en el Altepétl del siglo XVI*. México. Fondo de Cultura Económica / Instituto de Geografía, UNAM.

FERNANDEZ CHRISTLIEB F. y G. GARZA MERODIO, (2006). "La pintura geográfica en el siglo XVI y su relación con una propuesta actual de la definición de 'paisaje'" en: *Scripta Nova*. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Universidad de Barcelona. [En línea] Vol. X, núm. 218 (69), 1 de agosto de 2006. <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-69.htm> Universidad de Barcelona. España. [Accesado el 27 de agosto de 2007].

FERNANDEZ CHRISTLIEB F., (2006). "Geografía cultural", en: Daniel Hiernaux y Alicia Lindón (Dirs). *Tratado de Geografía Humana*. Barcelona. Anthropos Editorial y UAM-Iztapalapa.

FOUCAULT M., (1976). *Vigilar y Castigar*. México. Siglo XXI editores.

FUENTES J. H., (2005). *Espacios, Actores, prácticas e imaginarios urbanos en Mérida, Yucatán*, México. Mérida. Universidad Autónoma de Yucatán.

GARCÍA CHANG A., (2004). "Los estudios sobre lo religioso en México. Hacia un estado de la cuestión". En: *Geo Crítica / Scripta Nova*. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales. [En línea] <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-168.htm>> 1 de julio de 2004, vol. VIII, núm. 168. Universidad de Barcelona. España. [Accesado el 12 de mayo de 2007].

GARZA MERODIO, G., (2003). "Ordenación del Territorio, Medio Ambiente y Patrimonio Cultural". *Revista Mexicana de Estudio Antropológicos*. Tomo XLV-XLVI 1999-2000. México, pp. 211-226.

GIMATE-WELSH A. (compilador), (2000). *Ensayos semióticos. Dominios, modelos y miradas desde el cruce de la naturaleza y la cultura*. México. Asociación Mexicana de Estudios Semióticos/ Porrúa. Págs. 402-411.

LÓPEZ LEVI Liliana (2010) "La geografía cultural en México: entre viejas y nuevas tendencias" en: Hiernaux Daniel (director) *Construyendo la geografía humana*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa / Anthropos. ISBN: 978-84-7658-962-5. Págs. 205-228.

GIMENEZ G., (1999). "La investigación cultural en México, una aproximación". Ponencia presentada en 1º Congreso Internacional de cultura y desarrollo, en La Habana, Cuba. [En línea] <http://www.crim.unam.mx/cultura/ponencias/> [Accesado el 20 de agosto de 2007].

GIMÉNEZ G. y M. GENDREAU, (2000). "Impacto de la migración y de los media en las culturas regionales tradicionales", en: CASTILLO M. Á., LATTES A. y J. SANTIBÁÑEZ (coords.), *Migración y fronteras, México Norte*. México. ALAS / El Colegio de México / El Colegio de la Frontera Norte / Plaza y Valdés, pp. 173-196.

GIMENEZ G., (2004). "Territorio, paisaje y apego socio-territorial" en: *Culturas populares e indígenas. Región Cultural* CONACULTA. México. Págs 315-328. [En línea]<http://trabajaen.conaculta.gob.mx/convoca/anexos/Territorio%20Paisaje%20y%20apego%20socioterritorial.PDF> [Accesado el 25 de agosto de 2007].

GIMENEZ G., (2005). "Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural" en: *Trayectorias*. Revista de ciencias sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Año VII, NO. 17 ENERO-ABRIL 2005. Monterrey. Universidad Autónoma de Nuevo León.

GLOCKNER J., (1996). *Los volcanes sagrados. Mitos y rituales en el Popocatepetl y la Iztaccíhuatl*. México, D.F., Grijalbo, 236 p.

GLOCKNER J., (2000). *Así en el Cielo como en la Tierra. Pedidores de lluvia del volcán*. México, D.F., Grijalbo, 156 p.

GOMEZ ROJAS J. C., (2001). "La experiencia cultural del espacio. El espacio vivido y el espacio abstracto. Una perspectiva Ricoeuriana" En *Investigaciones Geográficas*. Número 44. México. Universidad Nacional Autónoma de México. Págs. 119-125.

GONZALEZ A. y D. BROOKS, (2007). "México, el mayor expulsor de migrantes en el planeta dice el BM" en: Periódico *La Jornada*. [En línea] <http://www.jornada.unam.mx/2007/04/16/index.php?section=politica&article=003n1pol> 16 de abril 2007. México. [Accesado el 5 de agosto de 2007].

GUZMÁN RÍOS, V. (2001). *Perímetros del encuentro: plazas y calles tlacotalpeñas*. México. Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco.

LÓPEZ LEVI Liliana (2010) "La geografía cultural en México: entre viejas y nuevas tendencias" en: Hiernaux Daniel (director) *Construyendo la geografía humana*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa / Anthropos. ISBN: 978-84-7658-962-5. Págs. 205-228.

GUZMÁN RÍOS, V., (2005). "Apropiación, identidad y práctica estética: un sentir juntos el espacio" en TAMAYO, Sergio y Kathrin WILDNER (coords), *Identidades urbanas*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.

GUZMÁN RÍOS, V., (2005). "La Plaza de Tlalpan, un espacio (con) sentido" en *Anuario de Espacios Urbanos*, México. Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco.

GUZMÁN RÍOS, V., (2005). "Tlalpan, ecos e imágenes de una plaza" en *Diario de campo*, México. CONACULTA-IHAH.

HIERNAUX D. y A. LINDON, (2002). "Modos de vida y utopías urbanas". En: Revista *Ciudades* 53. Puebla. Red Nacional de Investigación Urbana.

HIERNAUX D. y A. LINDON, (2004). "La Periferia: voz y sentido en los estudios urbanos". En: Papeles de población. Num 42. Octubre-diciembre. Toluca. Universidad Autónoma del Estado de México. [En línea] <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/112/11204205.pdf> [Accesado el 5 de agosto de 2007].

HIERNAUX D. y A. LINDON (Dirs), (2006). *Tratado de Geografía Humana*. Barcelona. Anthropos Editorial y Universidad Autónoma Metropolitana -Iztapalapa.

JACKSON P., (1992), *Maps of Meaning*. London. Routledge.

LANDÁZURI BENITEZ G., LÓPEZ LEVI L. y E. SÁNCHEZ ALBARRÁN (Coord), (2006). *Diversidad Religiosa en Xochimilco*. México. Delegación Xochimilco/ Universidad Autónoma Metropolitana.

LAPOUJADE M. N. (Coord). (1999) *Espacios Imaginarios*. México. Facultad de Filosofía y Letras. UNAM.

LINDÓN A., (1999). *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco*, México. El Colegio de México-El Colegio Mexiquense.

LINDÓN A. (Coord), (2000). *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona. Anthropos editorial.

LÓPEZ LEVI Liliana (2010) "La geografía cultural en México: entre viejas y nuevas tendencias" en: Hiernaux Daniel (director) *Construyendo la geografía humana*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa / Anthropos. ISBN: 978-84-7658-962-5. Págs. 205-228.

LINDÓN A., AGUILAR M. Á. y D. HIERNAUX (coords.), (2006). *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. Cuadernos A. Temas de Innovación Social. Barcelona. Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

LÓPEZ, A. y A. SÁNCHEZ. 2004. "Dinámica territorial del deseo queer en Monterrey México". En: Revista *Ciudades*. N° 62. Puebla. Revista de la Red Nacional de Investigación Urbana. pp. 25-33.

LÓPEZ LEVI L., (1999). *Centros comerciales. Espacios que navegan entre la realidad y la ficción*. México. Editorial Nuestro Tiempo.

LOPEZ LEVI L., (2003). "Geografía cultural y posmodernidad: nuevas realidades, nuevas metodologías". En: OLIVERA P. (Coord) Los espacios geográficos: epistemología y diversidad. México. Facultad de Filosofía y Letras. UNAM. Págs. 193-208.

LUNA MARISCAL, K. X., (2006). "*El Baladro del Sabio Merlín*": *La percepción espacial en una novela de caballerías hispánica*, Publicaciones de *Medievalia*, 33 México. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

MENDEZ E., (2002). *Arquitectura Transitoria. Espacios de Paso y Simulación en la Frontera México-Estados Unidos*. México. ITESCA, COLSON e ITESM Campus Sonora Norte.

MENDEZ E. y J. ENRÍQUEZ (coords), (2005). *Arquitectura de la exclusión, ciudad, frontera e incertidumbre: el origen del miedo dentro del caos*. Revista *Imaginales*. Num 2. Hermosillo. Universidad de Sonora.

PINET S., (2003), "Será todo en cabo a un lugar: Cartografías del Libro de Alexandre," en: ALEMANY R., MARTOS J.L. y MANZANERO J.M. (eds) *Actes del X Congrés internacional de l'Associació Hispànica de literatura medieval*. Valencia. Associació Hispànica de literatura medieval.

PINET S. (2003) "*Theatrum mundi*: Cervantes, el teatro y la cartografía," *Theatralia*. Revista de Poética del Teatro 5. Nashville. Vanderbilt University. Págs 133-142.

Chicago. University of Chicago Press.

LÓPEZ LEVI Liliana (2010) "La geografía cultural en México: entre viejas y nuevas tendencias" en: Hiernaux Daniel (director) *Construyendo la geografía humana*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa / Anthropos. ISBN: 978-84-7658-962-5. Págs. 205-228.

PINET S., (2005), "Para leer el espacio en el *Poema de Mio Cid*: brevariario teórico," *La Corónica*, Vol. 33.2 (Spring 2005): 195-208. Winston-Salem, North Carolina. Wake Forest University.

PINET S. (2007) "Literature and Cartography in Spain: Etymologies and Conjectures," en: Woodward David (editor) *The History of Cartography: The Renaissance*, vol. 3.

PIMENTEL L. A., (1998). *El relato en perspectiva*. UNAM /Siglo XXI.

PIMENTEL L. A., (2000). *El espacio en la ficción*. México. UNAM /Siglo XXI.

PRICE M. & M. LEWIS., (1993), "The reinvention of cultural geography", en: *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 83, num 1. Cambridge. Blackwell Association of American Geographers. págs. 1-17.

RAMÍREZ KURI P. y M. A. AGUILAR DÍAZ, (coords), (2006), *Pensar y habitar la ciudad: afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo* Barcelona. Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana.

REGULLO R., (1996), *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. Guadalajara. Universidad Iberoamericana/ ITESO.

ROWNTREE L., FOOTE K. y M. DOMOSH. (1989), "Cultural Geography", en: *Geography in America*. Columbus. Merrill Publishing Company.

SARUP M., (1993). *Post-structuralism and postmodernism*. Harlow, Essex. Longman. Pearson Education.

SAUER C., (1925). "The Morphology of Landscape". En: AGNEW J., LIVINGSTONE D. y A. ROGERS, 1997. *Human Geography. An essential Anthology*. London. Blackwell. Pags 296-315.

SAUER C., (1974). "The Fourth Dimension of Geography", en: Sauer, Carl, 1981 *Selected Essays, 1963-1975*, Turtle Island Foundation, Berkeley, California. E.U.A. [En línea]<http://www.colorado.edu/geography/giw/sauerco/LaCuartaDimensiondelaGeografia.doc> [Accesado el 15 de marzo de 2007].

SEGOVIA A. (coord), (2000). *Las humanidades y las artes ¿crisis o revolución?* Memorias del 1er encuentro universitario de las Humanidades y las Artes. UNAM. Consejo Académico del Área de las Humanidades y de las Artes.

LÓPEZ LEVI Liliana (2010) "La geografía cultural en México: entre viejas y nuevas tendencias" en: Hiernaux Daniel (director) *Construyendo la geografía humana*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa / Anthropos. ISBN: 978-84-7658-962-5. Págs. 205-228.

SOJA E., (1997). "Thirdspace: expanding the scope of the geographical imagination". En: MASSEY D, ALLEN J. y P. SARRE. *Human Geography Today*. Cambridge. Polity Press.

TUAN Y. (1976). "Humanistic Geography" En: *Annals of the Association of American Geographers*. Vol. 66, No. 2, Junio. Cambridge. Blackwell Association of American Geographers. Págs 266–276.

VALENZUELA ARCE J. M., (2004). *El Paso del Nortec*. México. Ed. Océano.